

Notas sobre la «Campaña de Pamplona» (año 924)

La expedición musulmana del año 924, que bajo el mando de Abd al-Rahman III se adentró por nuestras tierras para realizar una incursión destructora y de intimidación, me parece un tema interesante en extremo.

Ha sido avivado este interés por la lectura de varios trabajos de investigación llevados a cabo por nuestros medievalistas, que, partiendo de las crónicas árabes traducidas y publicadas modernamente en el extranjero y en España, han ido reconstruyendo los hechos, aplicando a las referencias históricas su saber, su buen sentido analítico y su conocimiento del país.

De modo particular han retenido mi atención los estudios del insigne José María Lacarra, que ha tratado el tema repetidamente, y ha trazado las líneas fundamentales del mismo, estableciendo así un sólido esquema que ha servido de base a los demás. En el primer número de esta Revista apareció su trabajo *Las expediciones musulmanas contra Sancho Garcés* —luego reproducido en *Estudios de historia navarra*, y finalmente extractado y revisado en su *Historia política del Reino de Navarra*—. A Lacarra se deben identificaciones tan dificultosas como la de «Bashkwnsa» = «Sacunihisa» = Sangüesa (de donde procedía el Rey Sancho), la del castillo de Leguín, y otras más.

Quiero igualmente citar a Joaquín Arbeloa, que en su notable obra *Los orígenes del Reino de Navarra*, trata de esta Campaña aportando sugerencias muy dignas de consideración, relativas a determinados itinerarios y localizaciones, y sobre todo en cuanto a la probabilidad de que esta invasión musulmana fuera ocasión de la hazaña roncalesa que daría lugar a los famosos privilegios de su Valle. Privilegios, dicho sea de paso, a los que no se ha dedicado todavía el detenido estudio que merecen y que ahora sería más abordable a la luz de los modernos descubrimientos históricos.

También debo referirme a José María Jimeno Jurío, que en su *Historia de Pamplona*, y partiendo de la localización que Arbeloa atribuyó en Osquía al castillo-prisión de Peña-Cais, precisó el dato señalando el pico de Gaztelu, en la misma sierra, y describió con exactitud y detalle los restos allí apreciables, incluso los de fortificaciones más modernas en torno al conjunto.

Finalmente dedicaré una especial mención a la brillante, completa y ordenada monografía publicada no ha mucho por Alberto Cañada Juste bajo el título de *La campaña musulmana de Pamplona. Año 924*. Aquí además de recoger los trabajos de autores que traducen o glosan el contenido de las crónicas árabes, y de señalar oportunos antecedentes históricos, aduce también otros documentos de la diplomática navarra relacionados con el tema, y ofrece numerosas observaciones debidas a su fina labor crítica y a sus exploraciones topográficas.

Estos autores —y otros que no cito por ser menos conocidos entre nosotros, o por su menor dedicación concreta y especial al tema—, han ido perfilando muy meritoriamente lo que fue aquella fulgurante invasión islámica de Navarra. Ellos mismos, sin embargo, son los primeros en reconocer que sobre los detalles del hecho quedan no pocas incógnitas que despejar. En bastantes cuestiones no son posibles las afirmaciones, sino sólo las hipótesis. Así, el profesor Martín Duque, en su erudito prólogo al libro de Cañada, alude a los interrogantes pendientes, y el propio autor, al cerrar la *Introducción*, pide a sus lectores que contribuyan a corregir posibles errores o a dar más exactitud a las interpretaciones.

Acogiéndome a esta invitación, haré en estas Notas algunos comentarios y sugerencias, e incluso alguna puntualización, en torno a unos pocos extremos del tema en cuestión. Pero me interesa advertir ya al lector que solamente en lo que se refiere al trayecto Carcastillo-Sangüesa propongo un nuevo itinerario convencido de que es el más probable. En cambio, mis consideraciones sobre otras etapas que comento de la expedición árabe —tanto en lo que afecta a itinerarios como a localizaciones toponímicas— no son más que simples exposiciones de pros y contras, llamadas de atención sobre puntos que requieren quizá más detenido examen. No quisiera, pues, que apareciesen como tesis más categóricas, y menos como un ambiguo tejido de contradicciones, sino sólo como un nuevo estímulo para el estudio del tema.

Como podrá verse, me he limitado a comentar la intrusión musulmana en sus jornadas de proximidad al comedio de nuestro antiguo Reino; tanto por tratarse de comarcas que me son más conocidas, como por no agravar el exceso en que ya incurro al exponer lo que sigue.

DE CARCASTILLO A SANGÜESA

Empezaré por referirme al trayecto que llevó a cabo el ejército musulmán a partir del día 17 de julio de 924, para llegar a término, según se cree, el 19.

La identificación de Carcastillo como «Qrqstal» o «Qrqstil» de la crónica árabe no ha sido objeto de dudas. En cuanto al «Bashkunsa» que representaba el fin de esta marcha, ofreció bastantes motivos de vacilación, pasando las versiones por el *Vizcaya* de Fagnan que en principio siguió Lacarra, y el *Navascués* de Arbeloa, hasta llegar a la nueva lectura de Lacarra tras detenido estudio del nombre árabe: «Sacunihisa», es decir, «Sancossa», el nombre antiguo de Sangüesa (el «Sankotza» de Madrazo y Altadill). Trátase, naturalmente, de Sangüesa la Vieja, la actual Rocaforte. Otras consideraciones históricas de nuestro primer medievalista confirman absolutamente esta identificación, si bien, en cualquier caso, ya quedaba establecido que Abd al-Rahman III, desde Carcastillo, se dirigió hacia el Norte, hacia «el centro mismo de los infieles», comenzando por el valle de Aibar.

Debo, sin embargo, manifestar una discrepancia en cuanto al camino seguido entre ambas localidades. Creo entender —luego seré más explícito— que para los autores modernos, ya citados, el itinerario recorrido por la aceifa consistió en remontar el curso del río Aragón por su margen «izquierda», o sea por esta orilla y en dirección a Gallipienzo. Pues bien, mis viejas experiencias de pescador y otra exploración más reciente me hacen pensar que ese camino ribereño existente entre Carcastillo y Gallipienzo (el viejo «Gari-pen-tzu» o «Gairi-pen-tzu», que diría Fray Eusebio de Echalar), no era, por lo menos en buena parte, el conveniente para la marcha de un ejército. El propio Cañada, que se refiere a este camino, reconoce que atraviesa parajes inhóspitos, con muchos pasos difíciles, y llega a calificarlo de desfiladero prolongado. Así es, en efecto, el itinerario supuesto que nos ocupa, y sus dificultades acrecen al llegar a la sierra de Peña, (Montes de San Pedro), donde queda apretado entre ésta y el río, casi hasta llegar bajo Gallipienzo mismo. De allí hasta Sangüesa la vía se despeja suficientemente. No parece creíble que Abd al-Rahman, quien —a juzgar por sus extensos recorridos por tierras navarras— contaría con guías expertos, se adentrara con gentes armadas, bagajes e impedimenta, entre una montaña escarpada y un río caudaloso difícilmente vadeable en caso de urgencia¹.

Nótese que vengo refiriéndome al camino de la orilla izquierda del Aragón, hasta Gallipienzo, pues entiendo que éste sería el supuesto de cuantos han tratado de esta campaña cordobesa, fijándose seguramente en que Carcastillo está en ese lado y Marcuella también. Supongo, por otra parte, que recuerdan que en Carcastillo no había puente; seguía sin haberlo a principios del XVI, según informa Florencio Idoate en su folleto *Almadías*,

1 Refiriéndose a este tracto del río Aragón, dice ALTADILL: "... las sierras de Peña y de San Pedro estrechan su cauce por la orilla izquierda, hasta que, salvadas trabajosamente esas angosturas, logra el río citado dar vista a las Bardenas Reales y bañar a Carcastillo». (*Geog.* T. I, p. 53).

quien en otra obra *Rincones de la Historia de Navarra*, vol. III, da constancia de que la ausencia de puente persistía en 1706, pues en la guerra de Sucesión los habitantes de Carcastillo hubieron de recurrir a la barca o pontón para huir de las tropas del Archiduque.

Quizá sea innecesario añadir que el camino de la orilla derecha me parece todavía peor y de más largos agobios bajo la sierra de Ujué. Huelga decir que ninguno de los dos tiene el carácter y menos el título de cañada ganadera.

En todo caso, y tanto por una margen como por la otra, los pasos difíciles que en ellas abundan no son objeto de denominación específica, ni tienen nombre propio que pueda relacionarse con los «Feg Almarcuen» o «Feg Al-Markwir» de las crónicas islámicas, pues los que se barajan como semejantes por nuestros estudiosos de la expedición —especialmente por Cañada— son una serie de topónimos castellanos, aproximados entre sí morfológicamente, pero muy alejados de los lugares que examinamos. Aunque algunos recaigan sobre parajes de características orográficas similares, no pueden ser tomados en consideración al no haber rastros de esos nombres en estas rutas hacia Gallipienzo —sea por uno u otro lado del Aragón—.

También Lacarra nos sugiere la confrontación con la Hoz de la Morcuera, en Bugedo, cerca de Miranda de Ebro, escenario de otra incursión musulmana en 865, y que recibió parecidamente del cronista Ibn Idarí el nombre de «Markwiz». Con todo, no he podido comprobar que en castellano, Marcuera o Morcuera tengan significación genérica de desfiladero.

Sólo hay un topónimo seguro que, por serlo, merece un comentario especial: el de Marcuella, Marcuello o Marcuelles, que con estos nombres lo citan los autores, empezando, según creo, por Madoz. Altadill (*Geografía del P. V. N.*) cita Marcuella como término inmediato al pinar de Larrate, y Gárriz (*Despoblados*) dice que estuvo cerca de este monte; o sea que se hallaba en las inmediaciones de Carcastillo, pues Larrate está muy próximo.

Ahora bien, en tal término se da efectivamente la circunstancia de existir un camino faldeante y no lejano al río. Hay que reconocer que la localización del desfiladero en estas cercanías de Carcastillo cuenta aparentemente con algunos puntos a su favor: se halla en ruta vecina al Aragón; se trata de un terreno más o menos accidentado; y existió un Marcuella en sus alrededores. Parece ser que así lo pensó Lacarra, y el propio Cañada no pasa por el Congosto de Carcastillo sin ventear también la liebre levantada por el maestro. Pero lo hace sin demasiada convicción, ya que en su final Calendario y tabla de las etapas moras, sitúa «Markwir» a 18 kms. de Carcastillo, o sea muy cerca de Gallipienzo —lo que significaría para los invasores el tránsito por cualquiera de aquellos caminos ribereños pedregosos, tortuosos y dominados—.

Por último, y para terminar con este inoportuno y desorientador Marcuella, diré que aquel tramo no es un desfiladero que merezca ser citado como tal en las crónicas árabes, ni cabe darle el sobrenombre de Foz, cual si fuera «una angostura o paso estrecho entre montes fragosos y elevados». Nótese sobre todo que para alcanzar el objetivo marcado al avance de aquellas tropas existe un cercano camino que cruza precisamente sobre Larrate (un monte que Altadill califica de insignificante) y llega, lejos ya de allí, a otro lugar cuyas condiciones topográficas se adecúan plenamente al concepto de desfiladero, y está bautizado con un topónimo perfectamente correspondiente a lo que se viene buscando. Vamos a verlo.

II

A mi entender la ruta que adoptó la aceifa en esta etapa, coincidía en gran parte con el trazado de la actual carretera —la llamada comarcal de Aibar—, no lejos de la cual discurre también la cañada utilizada por los roncaleses para ir y volver de la Bardena con sus rebaños. (Incluso el soterrado canal de riego cruza la sierra de Peña por lugares relativamente distantes de la canal del Aragón.) Así pues, yo excluyo por completo la hipótesis de que los árabes remontaran el curso del río.

Y digo que esa sería la ruta de la hueste porque el camino que de Carcastillo conduce a Sangüesa por Cáseda es, sin duda alguna, el natural y directo, sin el desvío que supone el pasar por Gallipienzo.

O sea que este camino, acortando la jornada, orienta la marcha hacia el que era su declarado objetivo bélico —ya identificado por la autoridad de Lacarra—, evitando de este modo el itinerario ribereño que tan repetidamente he considerado impropio de un ejército. En esta ruta que propongo es donde encontramos, según creo, la foz o desfiladero mencionado en las crónicas. Ya no se trata de travesía entre montañas y el río sino de paso entre montes; lo que sin dejar de ser peligroso, estratégicamente es preferible por la posibilidad de adelantar exploradores para la protección de ambos flancos y por permitir una mayor movilidad. Recordemos que las crónicas nos hablan de la previsora guarda de los flancos y del avance en orden de batalla: despliegue imposible estando lateralmente constreñidos por el Aragón —río al que tampoco aluden los cronistas, si no es al situar Carcastillo, pero no como remontado después largamente—.

El desfiladero que indico, considerado en la dirección S. a N. de la marcha invasora, se inicia tras el km. 15 de la carretera de hoy (a unos 16 de Carcastillo), y las revueltas y angosturas siguen más o menos apretadas hasta el km. 11, cerca de la antigua ermita de San Zoilo.

Tras de lo dicho, consideremos el problema del nombre. Pues bien, el actual de aquellos términos es el de «Malcuerno», como puede comprobarse en el Mapa 1:50.000. Y quizá convenga recordar a este respecto, para mayor precisión, que en la crónica de Arib ibn Saad, del siglo X (cuyo manuscrito tradujeron al inglés Gayangos y al castellano Govantes, y que es obra de un cronista fallecido hacia 980, o sea, casi contemporáneo de los sucesos narrados), el desfiladero en cuestión es llamado, o al menos se ha traducido, «Almarcuen», «Feg Almarcuen», que transparenta un Malcuerno y Foz de Malcuerno aún más claramente que el «Markwir» que se ha leído en el *Bayan* de Ibn Idari, autor posterior. (Aunque no se trate de crónica distinta en cuanto a la campaña de Pamplona, sino de una transcripción de la misma de Arib ben Saad, para ser incluida en la obra citada. Pueden ser meras diferencias de lectura, pero también pudo ocurrir que al hacer la transcripción, pesara en el copista del topónimo el recuerdo del «Markwiz» que se aplicó a la angostura de la Morcuera burgalesa.)

Cabe añadir que el elemento sustantivo del topónimo Malcuerno no es desconocido en la comarca, pues según podemos ver en Idoate (*Rincones de la Historia de Navarra*, vol. III), en el llamado Cuerno de Ocharano tuvo lugar una enconada pelea entre tudelanos y roncaleses².

Resumiendo lo hasta aquí expuesto, podría decir que la coincidencia local de las interpretaciones topográfica y toponímica que me he atrevido a proponer, representa al propio tiempo y para ambas una confirmación.

Creo también poder explicar el origen del error del itinerario en que venía incurriéndose y que, sin duda, proviene de haberse supuesto inicialmente que el objetivo militar del Emir, el «Bashkwnsa» árabe, no era otro que la Vizcaya del Valle de Aibar. Así lo interpretó Fagnan, equivocando a otros. En un breve paréntesis haré constar que no se trata de una aldea sino de una comarca que comprende varias, como son: Sabaiza, Julio, Usumbelz, Guetadar, Gardaláin y Arteta (según Ochoa en su *Diccionario geográfico histórico de Navarra*) y que es atravesada por el arroyo Vizcaya —nombre que también se da en otros lugares—.

Pues bien, para acceder a esta zona —designada por los naturales del país con el apelativo plural de «Las Vizcayas»—, la vía que podríamos definir como más clara y directa, era, efectivamente, la de la canal del Aragón hasta Gallipienzo. Y así es muy explicable que Lacarra y demás estudiosos del tema adoptaron la denominación referida sin mayores reparos. Pero la posterior y cuidadosa identificación ya antes aludida —«Bashkwnsa» = Sangüesa (Rocafort)— altera completamente la base del supuesto. Todos aceptan esta modificación, que viene a trasladar la meta del trayecto 25 kms. más

2 También Cornialto, en la Bardena blanca, y Cornadoro en Aibar.

al SE., pero todos se han olvidado de que ello implica también y lógicamente el cambio de la ruta seguida, que ya no procede imaginar transcurriera por Gallipienzo, sino por Cáseda.

Para cerrar este comentario y a título de curiosidad, pseudo-lingüística, recogeré la observación de Cañada al recordar, frente al nombre árabe, la palabra vasca «malkor», que significa precipicio, despeñadero, o sea algo no lejano a desfiladero, pues ello sugiere el proceso etimológico siguiente: el genérico «malkor», en su forma simple o más probablemente como parte de un compuesto, figuraría en el nombre indígena y primitivo y sería tomado como base para una latinización que diera lugar a «Malo-cornu» en abl. o «Malum-cornu» en nom., para luego traducirse a Malcuerno. En el expresado supuesto de la voz euskérica inicial, cabría tal vez también la derivación directa al romance.

Sin embargo, yo creo —y más tratándose de comarca tan romanizada— que el nombre latino puede explicarse sin necesidad de recurrir a un antecedente vasco, dado que el sustantivo «cornu», en su acepción de «vueltas o recodos» (como el «cornu flumineum» de la Virg.) sería de cabal aplicación al tortuoso camino del desfiladero, con la anteposición de un no menos adecuado calificativo; a propósito del cual, v a la vista ya del definitivo Malcuerno, añadiré que como Michelena observa (*Notas lingüísticas* F. L. V.) en compuestos románicos es corriente «mal» como primer elemento; y por referirse a topónimos, cita Malpaso entre Pamplona y Mutilva. Por aquí los tenemos más cercanos, pues existe un Malpaso en Sangüesa y otro en Castiliscar.

Pues bien, nuestro Malcuerno sería el nombre que en sus andanzas por tierras de Cáseda oyeron los árabes en 924; para luego consignarlo en una graffa que diez siglos más tarde trataríamos de interpretar.

ETAPA SANGÜESA - LUMBIER

I

Es sin duda la más interesante, porque en los tres días (19, 20 y 21 de julio), que median entre la salida de Sangüesa y la llegada a Lumbier, tuvo lugar un episodio bélico que las crónicas árabes minimizan indudablemente, dado que en él pereció uno de los jefes más allegados al caudillo musulmán; a manos, según se cree, de una tropa cristiana cuya vanguardia era roncalesa.

Pero como el relato es impreciso y las localizaciones constituyen como casi siempre, un difícil problema, resulta en definitiva que la oscuridad de

esta etapa está en razón inversa de su interés. Como laguna de tres días la califica Cañada Juste, quien concluye que sólo mediante conjeturas cabe llenarla.

Y es una lástima, al ser posible que en esta coyuntura tuviese lugar el suceso cumbre en la historia del Valle de Roncal: una victoria sobre las agueridas huestes mahometanas reconocida y premiada después por reales privilegios concedidos a perpetuidad y que con legítimo orgullo en cuanto a la hazaña de sus mayores, ostentarían las generaciones venideras.

Considero interesante y perspicaz la opinión que expone Arbeloa en el sentido de que la referencia árabe al río «Hyga» —que impropriamente se tradujo Ega— puede ser transferida al Ezca, conforme a la demostración paleográfica que aduce. Pero la identificación «Hyga» = Ida (nombre del río Irati documentado en los siglos XI y XII y cuyo eco aún podemos escuchar en Lumbier en la denominación Puente de Ida), parece mis segura; sobre todo si se piensa que la llegada de tropas árabes al Ezca representa solamente una probabilidad, frente al hecho cierto de una repetida relación del río Irati con el itinerario de la aceifa; no ya a su llegada a Lumbier el día 22, sino también en tramos anteriores a este encuentro; por haber caminado junto a él en el itinerario directo Sangüesa-Lumbier, por haberlo tenido que atravesar por causa de una desviación hacia el valle del Ezca precisamente, o por ambas circunstancias³.

Pero la rectificación de un hidrónimo propuesta por el autor que nos ocupa, no es nada en comparación con la importancia del comentario crítico que viene después. Dejando de lado otras controversias sobre diversos extremos del tema roncales, recordaré que el P. Moret dedicó muchos folios a rebatir la tesis de Oihénart que con razón consideraba errónea determinada fecha de los privilegios de este Valle de Roncal según consta en la confirmación de Carlos el Noble. Pues bien, a J. Arbeloa le han bastado cuatro páginas, no sólo para rectificar la cronología sino para dismantelar, como fabulada interpolación, la mitad de los méritos bélicos que dieron lugar, no a dos privilegios sino a uno solo, que no por eso resulta disminuido o perjudicado. ¿Tendrá razón?

Se hace difícil resumir en pocas líneas este desmoche, pero aunque mis notas tienen más bien carácter topográfico y toponímico, es forzosa alguna aclaración, siquiera sea breve, por lo que las afecta. Así pues, diré que el documento alude a dos batallas: una en tiempo de Sancho García, ocurrida

3 Sobre la denominación documentada "Ida", véase V. VILLABRIGA (*Sangüesa, ruta compostelana*). En cuanto a la identificación "Higa" = Ida, creo que por razón de la extrema semejanza y por la ubicación de este río, la letra cambiada no requiere estudio paleográfico alguno, ya que lo extraño sería que la referencia árabe y su lectura, fuesen perfectas.

en Ocharen, y otra, anterior, en el de «su padre» Fortún García, en Olast, venciendo y dando muerte al Rey Moro Abderramán, «que había muerto al Rey Ordoño de las Asturias...».

Como en esta contienda —que aunque primera en el tiempo se cita extrañamente en segundo lugar— todo resulta falso y disparatado, empezando por la paternidad de Fortún, último representante de la dinastía Iñiga, respecto a Sancho, el primero de la Jimena, y terminando con las muertes violentas de Abd al-Rahman y de Ordoño, que fallecieron de forma natural en sus respectivos reinos y comprobadas fechas, Arbeloa concluye lógicamente que no hubo dos, sino una sola batalla; o sea que la segunda no fue sino amañado adorno imaginado por un copista más audaz que experto: sin repercusión en cuanto a los privilegios concedidos⁴.

Ya dije antes y me permito repetir ahora, que algo tan interesante como es esto de los privilegios roncaleses, debiera, en su totalidad, y principalmente a la luz de las crónicas árabes descubiertas, ser objeto de nuevos estudios que vendrían, muy oportunamente, a respaldar en todo o en parte la tesis de Arbeloa, o a demostrar su improcedencia. No creo que en una época como la actual, caracterizada por el rigor científico, se tenga la cuestión por espinosa, y menos hasta el punto de pensar que «peor es meneallo». Además, con más escasos e inciertos antecedentes históricos se dieron antaño otras polémicas sobre los privilegios.

II

Pero si de esa batalla que con tales muestras de fabulación aparece, nada queda que se tenga en pie, ¿por qué no corre la misma suerte el nombre de Olast como campo de un episodio que no sucedió? Pues resulta extraño que los comentaristas actuales de la Campaña de Pamplona se atienen a él tenazmente y se afanan en su localización, con singular olvido del nombre de Ocharen, lugar de la pelea no discutida. Digo esto, porque no creo que el copista tuviera el inútil capricho de trocar los escenarios, porque ambos interesaban igualmente a sus fines.

Hoy es de común asenso que Oloast, dicho Olast, es el lugar ahora conocido por Ollate. Ollati se llamaba el monte en cuya falda meridional se asienta Castillonuevo; y bajo la forma actual de Ollate es más bien el nombre del portillo o paso de la Cañada Real que por Valdeollate discurre entre

⁴ En cambio, recuerdo haber leído cierta monografía sobre el Valle de Roncal, en la que se sostenía que fueron dos los Abderramanes vencidos y muertos por los roncaleses: el Abderramán gobernador (el de Poitiers) y Abderramán I. Explicaba, que por estar poco legible el privilegio original, el de Sancho García, en el de confirmación debieron refundir en uno solo los dos Abderramanes...

el monte antes citado y la Sierra de Illón. No es mal lugar para una emboscada. Pero yo considero que la identificación es errónea, porque Ollate es una denominación orográfica, mientras que Olást parece nombre documentalmente referido a un núcleo urbano o cuando menos a un lugar habitado. Veámoslo.

Cañada Juste, aventurando una hipótesis, cita un documento del Cartulario de San Juan de la Peña (de 1016), que registra la donación hecha por Sancho el Mayor, de la villa de Oloaste con sus términos, «que est inter Sios et Asso»; los que traduce por Sigüés y Aso Veral. Podría añadirse otro instrumento del *Tabularium Legerense* (de 1085), relativo a la donación de Sancho Ramírez a Leyre, del Monasterio de Urdaspal, con sus decanías (prioratos) Santa María de Ullace y San Martín de Ologasti. Hay motivos más que fundados para creer que Ullace es Ollate⁵, lo que viene a demostrar que Ollate y Olást no son la misma cosa sino dos distintas y distantes. También Lacarra —según puede verse en su Mapa de Navarra en tiempo de Sancho Garcés II Abarca (970-994), incluye el nombre de Olást con la señal de monasterio desaparecido. Lo sitúa hacia el NO. de Burdaspal.

Discrepancias de situación aparte, todo indica que de lugar habitado se trataba y que nada tenía que ver con el portillo de Ollate, ni, según me permito creer, con batalla alguna. Si tan adecuado parece este último lugar para teatro de una hazaña a base de emboscada, ¿por qué no lo relacionamos con Ocharen? ¿O es que se sabe de algún Ocharen de parecidas condiciones y existente en otro sitio? No será el benemérito Altadill, tan útil en muchas ocasiones, quien nos saque de dudas en cuanto a este glorioso nombre tan digno de memoria; pues por él sólo sabríamos que está en el valle de Roncal y que es «término histórico y pintoresco en alto grado». Y no hará falta decir que de los privilegios no refieren sino que Ocharen es el lugar en el que los roncaleses «ovieron la delantera en una bataylla contra los Infieles Moros», venciendo por la gracia de Dios.

Así las cosas, creo llegado el momento de recurrir nuevamente a F. Idoate que fue mi testigo en relación con el «Malcuerno» de la anterior etapa musulmana. Aunque a otro fin, se trata del mismo hecho histórico, o sea del sangriento encuentro que en el cabezo llamado Cuerno de Ocharano tuvieron los roncaleses con una tropa tudelana que «con bandera tendida» avanzaba por la cañada hacia su valle. Hubo allí «gran brega o pelea» y quedó el campo por ellos, tras de causar a los invasores 27 ó 28 bajas. El autor

5 Se trataría de Santa María de Ollate, titulada Ntra. Sra. de la Victoria, sita en Castillonuevo, muy cerca del histórico portillo. Primero decanía, después ermita y desde hace algunos años ... ruinas y el recuerdo de la advocación. En cuanto al priorato de San Martín, quedan en el término de la villa de Roncal, vestigios de una Basílica de San Martín, posiblemente relacionados con el mismo.

lamenta el suceso y lo considera menos glorioso que el triunfo roncales contra los sarracenos en el mismo término.

Considerando este episodio, doy por seguro que la incursión tudelana avanzaría por la Cañada Real que de la Bardena sube hacia el Roncal; que el cabezo citado se llamaría Cuerno por su inmediación al «cornu» desfiladero que con él se formaba... y en definitiva, que el Cuerno de Ocharen y el portillo de Ollate vendrían a ser una misma cosa. Así pues, no vacilo en despojar a Olast de su involuntario atuendo guerrero, para revestirlo con los hábitos monacales que le son propios y que si no brillan tanto, no son menos respetables⁶. En cuanto a Ocharen, («valle de lobos» en vasco), vemos que en más de una ocasión ha respondido a su nombre.

¿Objeciones? Yo creo que para muchos, y dada la semejanza fonética que se da entre los nombres Olast y Ollate, el segundo aparecerá como clara derivación del primero; pero pienso que no es así, según veremos por el examen de sus componentes. Comenzaré por declarar que como antecedentes de Olast, considero los documentados «Oloaste» y «Ologasti», nombres eruditos y que tampoco me siento atraído por el «Olaso» del *Diccionario Geográfico e Histórico* de la Real Academia, aunque Michelena —al margen de este caso— lo tiene por forma antigua. Yo me inclinaría por «Olatz» («Olatze»)⁷, viendo en este nombre un colectivo de «ola» y posibles alteraciones de las consonantes «tz» hacia «st», según se observa en algunos derivados de «aitz» = peña, como en Aitzondo-Aiztondo-Astondoa. (Quizá provenga de la misma raíz el famoso Astobizkar, ya que «asto» = asno, no es determinante de topónimos.)

Sea como fuere, tenemos un primer elemento, «ola», con la significación de cabanña, especialmente en vasco roncalés y suletino⁸, y a lo que parece, no deriva nunca en «olla»; por lo que Olast empieza a ser descartado como antecesor de Ollate. Pero la separación es completa si observamos que Ollate tiene un primer elemento procedente de «*O-i-llo», con la indicación general de «o, límite, punta, extremo» según el P. E. de Echalar⁹;

6 A menos que ... El rey Fortún no fue progenitor de Sancho Garcés sino solamente su antecesor en el trono y el abuelo de su mujer. Pero durante su reinado, y —según Sanchez Albornoz— por causa de su alianza con Asturias, fue objeto de repetidos ataques por parte de Muhammad ibn Lope, jefe de los Banu Qasi y conquistador del castillo de Aibar el año 882. Quizá alguna de tales incursiones fuera rechazada en el hoy impreciso Olast, constituyendo este suceso el fondo histórico de un relato por tantos otros conceptos desordenado.

7 La forma Olaz («Olatze») posible antecedente, proviene igualmente de "ola". Es frecuente topónimo y apellido navarro: Olaz del Valle de Egües, Olaz en la cendea de Galar, Olaz monte cercano al Alto de Loiti, despoblados, etc.

8 MICHELENA. (Apellidos Vascos, p. 137.)

9 (*Disertación...* en Geo. P. V. N. t. I, p. 1066). Desde luego, creo que en este y parecidos casos de toponimia orográfica vasca, un imperativo semántico excluye toda interpretación a base de "gallinas"... (Véase MICHELENA, *Op cit.* p. 136.)

y un segundo, «ate», con la conocida significación orográfica de paso entre montes. (Cf. Velate, Míncate, etc.). Ahora bien, estos elementos, ausentes en Olást, son componentes de Ollate, no por afinidad fonética con el topónimo de supuesta precedencia en el lugar, sino por derecho propio, como correspondientes a las características orográficas de su denominación. Por lo dicho, entiendo que Ollate nació Ollate, y que no es heredero de otro nombre aunque «suene» parecido.

Esto no quiere decir que un topónimo no pueda ser sustituido por otro, incluso completamente distinto, como Reniega pasó a ser El Perdón y la Sierra de Errando se convirtió en la de Leyre. Cuando así, puede observarse que un topónimo inmediato, más fijo y caracterizado, invade los dominios del que se va olvidando. Y esto precisamente es lo que supongo ocurrió en Ollate: que desbordando los límites propios de su semántica, se apoderó onomásticamente de la orografía circundante con el rebautizo de un Valdeollate. ¿Que cuál era el nombre olvidado que venía a sustituir? Yo diría que era Ocharan u Ocharen, como he sugerido anteriormente. De este modo, su por ahora incierta localización, vendría a precisarse sobre un lugar que la tradición señala como escenario de una victoria roncalesa sobre los sarracenos, y esto sí que consuena con el histórico y glorioso nombre de Ocharen.

III

Debo manifestar que aun cuando la interpretación «Bashkwnsa» = Navascués me pareció bastante mejor que la de la Vizcaya, como veo que con posterioridad —es decir, conocida la tesis de J. Arbeloa—, un detenido estudio del texto ha inducido al Prof. Lacarra a inclinarse por «Sacunihisa» = Sangüesa, a esta lectura me atengo, atestiguada igualmente por la alusión árabe al lugar de origen del rey Sancho Garcés. Así también Cañada.

Además, pienso que está en el camino obligado, porque imagino que el gran caudillo cordobés tendría ya absolutamente previsto y planeado su itinerario así como los asaltos y destrucciones de Lumbier, Leguín, Pamplona, Peña Cais, etc., y que por tanto, el grueso del ejército no se apartaría gran cosa de la ruta Sangüesa (Rocaforte) a Lumbier; (considerando probable un campamento intermedio en Liédena).

Comprendo lo que esta idea tiene de heterodoxa, ya que el expresado camino directo discurre por terrenos que no son precisamente los estrechos y montuosos lugares que la tradición y el propio cronista árabe señalan como escenario del choque cristiano-musulmán. Pero es que no se me alcanza la razón por la cual el Emir, dando la espalda a aquel itinerario y a partir de Sangüesa, Liédena o el punto en que se encontrara, emprendería una marcha hacia el Roncal; es decir, en dirección opuesta a la que luego habría de

seguir; abandonando la calzada romana Rocaforte-Liédena-Lumbier; sin núcleo urbano o fortaleza importantes que justificaran la desviación (lo diría el cronista), y comprometiendo su ejército en las dificultades y peligros de las montañas¹⁰. Por eso, me explicaría mejor que el choque armado hubiera tenido lugar hacia Liédena o quizá Yesa, junto al Irati o el Aragón; es decir, en lugares próximos al «iter» directo. No voy mal acompañado si como se desprende de la nota (48) de *Expediciones musulmanas...*, Lacarra admite la posibilidad de combates en Liédena y Lumbier (sobre el río Ida).

Pero no sería justo silenciar otras posibilidades y omitir sus considerables fundamentos. No obstante mi prejuicio, me hago cargo de que el privilegio roncales, en lo que sin duda debe quedarle de motivación primitiva y no fabulada, de data errónea pero cronológicamente fijado por su alusión a la muerte de Ordoño y a la existencia de Sancho Garcés (como vencedor con los roncaleses en la batalla «que eyl ovo en el Lugar clamado Ocharen contra los Infieles Moros»), habrá que concluir que, en efecto, allí llegó Abd al-Rahman III el 21 de julio de 924, aunque no veamos con demasiada claridad la razón que le llevó, los caminos que anduvo a partir de Sangüesa, ni por qué el río Esca (que descartando el barranco de La Garona invoco aunque su proximidad no pasa de muy relativa: unos 5 kms.) hubo de ser atravesado a nado por los árabes atacantes.

El cronista, como es lógico, atribuye la victoria a su señor, pero reconoce la muerte de un alto jefe; lo que sin duda daría origen a la leyenda de la roncalesa que degolló a Abderramán, (sobre todo si fue capturado y ejecutado, como sugiere Cañada para darle mayor pie). Y esto es un detalle que aboga en favor de la relación de Ocharen con la campaña de 924.

Es indudable que destacamentos de caballería —ya habla de esto Arib ibn Saad— devastarían la comarca para el aprovisionamiento de la aceifa: saqueando los graneros aibareses y robando el ganado de los pastizales pirenaicos más asequibles. Pero yo creo que ni aun estas montadas partidas volantes se alejarían demasiado del Cuartel General, por razones de seguridad y de impedimenta al regreso. Cabría pensar si no sería uno de esos destacamentos, más o menos fuertes, el atrapado en Ocharen, pero el historiador arábigo es terminante en cuanto a la presencia del Emir «que mandó plantar su tienda y tomó disposiciones para el combate» y en cuanto a la muerte del personaje importante y otros hombres del cortejo del príncipe.

Por comentar algo sobre la ruta, diré que como aceptante de la lectura de Lacarra relativa a Sangüesa, no puedo estar de acuerdo con la supuesta

10 Quizá cabría explicar tal maniobra como una finta que al apuntar hacia la Cerritania y las Galias, pretendiera engañar a Sancho Garcés en cuanto al destino de la expedición, evitando así y por el apremio de las fechas, todo apresto defensivo de Pamplona y demás objetivos reales de Al-Nasir.

marcha del ejército por Navascués, en la cuenca del río Salazar; alejado desplazamiento occidental que luego tendría que ser rectificado para tomar la dirección de Roncal... y del Esca. Parece que las identificaciones «Baskhunsas» = Navascués, «Hyga» = Ezca, no son geográficamente muy conciliables entre sí y obligan a extrañas y difíciles travesías de la aceifa, que acaba apareciendo nada menos que en Güesa (Salazar), como lugar alcanzado «in extremis» y etapa anterior a Lumbier del ejército árabe ¹¹.

Por parecidas razones de rechazo de rodeos o de largos trayectos en toda la medida de lo posible, disiento igualmente del autor que —con muy prudentes y previas salvedades en cuanto a sus conjeturas— viene a sugerir, con ocasión de esta Campaña de Pamplona la posibilidad de una incursión sarracena aún más allá del Esca, hasta el Veral, o cerca tal vez de Tolosana (entre Biniés y Embún) en Aragón...

Por mi parte y perdido entre las nieblas que envuelven este suceso, me guardaré bien de proponer el camino que dije ignorar; pero lo que sí cabe, es indicar cuál sería el más corto. Intentémoslo.

La hueste partiría de su campamento de Sangüesa la vieja (Rocaforte) o bien de Liédena, si había avanzado hasta sus proximidades. Si salieron de Rocaforte y dado que el puente de Sangüesa (hoy de Santa María) y «el de los roncaleses» (hoy arruinado bajo Yesa), datan del siglo XI, los árabes no irían por el camino-cañada que se serviría de éstos en la centuria siguiente; y evitando el río Aragón, tomarían el aún más directo camino que supone utilizar el puente sobre el Irati que hoy, reconstruido, llaman simplemente de Entrambasaguas, y que es el que se denominaba de San Martín, de cuya antigüedad hay constancia según puede verse en la monografía de Villabriga *Sangüesa ruta compostelana*, que aduce documentos sobre los tres que se han citado. Si la aceifa pasó junto a este último sin utilizarlo y avanzó hasta Liédena, sería, sin duda, porque sabría de algún otro puente sobre el Ida; de existencia más que probable en tan antigua y romanizada población, con núcleo principal sobre la margen izquierda del Irati.

En todo caso, pasarían por Yesa, y de allí, atravesando la sierra de Errando (Leyre), descenderían hacia la de Illón, donde se forma el estrecho

11 Es comentario de escasa importancia —y más si se estima que cuanto el copista del privilegio refiera "precisamente" a la batalla de Olas debe ser puesto en cuarentena—. He observado que Arbeloa lee en los documentos "Güisa", lo que le lleva a señalar el lejano Güesa como punto de llegada de la huida mora y como punto de partida para la etapa del día siguiente. A mi tiene que parecerme que Güesa es "descamino" para los fugitivos de Ocharen - Ollate, y pienso además que Güesa es lugar donde sorprende ver llegar al Emir y sentar sus Reales con todo el ejército.

En cambio MORET lee "Guisa", sin diéresis; aclarando además que aparece como "Gisa" en los documentos antiguos, lo que le conduce a identificarlo como "Jesa", que es el primitivo nombre de Yesa. Y esto sí sería camino para una hueste en retirada que trataría de regresar a su punto de partida.

de Ollate. Esta travesía de la sierra de Leyre, que es la de la Cañada Real roncalesa, no es excesivamente penosa, y de Yesa a Ollate (tres leguas según Moret) tardarían poco más de cuatro horas. Y eso es todo.

ETAPAS LUMBIER-LEGUIN-PAMPLONA

En cuanto a estas dos etapas, me limitaré a expresar mi adhesión a los itinerarios trazados por Lacarra, que Cañada recorre, precisa y describe perfectamente en todos sus detalles. Y de paso, un sentido recuerdo al castillo de Leguín, que seis siglos más tarde, un rey católico, invasor también de Navarra, mandará arrasar más completa y definitivamente que como lo hizo el infiel.

ETAPA PAMPLONA-PEÑA CAIS

En los apartados siguientes, habré de ocuparme largamente de Peña Cais bajo diversos aspectos. Pero antes, y admitiendo, siquiera sea solamente en principio, que estuviera en el lugar hoy llamado Gaztelu, sobre Osquía, deseo comentar con brevedad el itinerario Pamplona-Peña Cais que el estudioso J. Cañada propone tras de haberlo recorrido a pie, y que viene señalado por los siguientes jalones: actual Puente de Miluce, Orcoyen, términos de Iza y Lizasoáin, Olza, Lete, y probablemente algún vado que consta hubo en las proximidades de Anoz.

La suposición de este camino es perfectamente lógica, pero quizá tenga el defecto de responder a un criterio demasiado actual. Digo esto, porque se da la coincidencia de que este tracto Pamplona-Osquía estaba comprendido en la Vía romana núm. 34 del famoso itinerario de Antonino; vía con la consideración de «militar» y que como es sabido existía entre Astorga y Burdeos. Esta ruta ha sido objeto de repetidas y sabias investigaciones en todas sus partes, determinándose en la que nos interesa y a partir igualmente de Pamplona, el itinerario que sigue: los Berrios, Elcarte, Oteiza, Erice, Atondo, identificado como «Alantone» y la mansión 17, a tres leguas de Pamplona, por Cea Bermúdez (*Sumario de Antigüedades romanas*, pág. 136), y finalmente Osquía, con restos de calzada que vio Pedro Madrazo (*Navarra, sus monumentos y artes*. T. II, pág. 156)¹².

Pensando en la orientación y en las condiciones topográficas determinantes del trazado debido a los expertísimos constructores romanos e incluso en la probable conservación —en mejor o peor estado— de la calzada

12 Véase ALTADILL (*Vías y vestigios romanos en Navarra*).

en el año 924, me limito a sugerir, con todas las salvedades del caso, que tal vez fuera ésta, por lo menos hasta muy cerca de Atondo, la ruta de Abd al-Rahman y su ejército, si efectivamente marchó de Pamplona hacia Osquía. Sánchez Albornoz, en la Primera Parte de sus *Estudios históricos sobre el país vasco*, nos dice tener «la experiencia de que los islamitas habían seguido las más de las veces viejas calzadas romanas, experiencia adquirida por el hallazgo de restos de vías romanas en los pasos por donde constaba habían caminado y combatido las tropas de Córdoba». Insistiendo en esta idea, cita varias campañas.

PEÑA CAIS

I

En el abanico de interrogantes de que habló el profesor Martín Duque, y que ya aludimos, a mi juicio, ocupa todavía un destacado puesto el del emplazamiento del castillo de Peña Cais, puesto que secundariamente comparte el de la interpretación de este nombre.

La rocosa sierra de Echauri y la de Ezcaba, también pétrea, han sido sugeridas por Lacarra como emplazamientos posibles de Peña Cais, si bien reservado su preferencia para la primera. Volveré en breve a ocuparme de estas hipótesis.

Sin embargo, parece ser que la localización de Peña Cais en Gaztelu propuesta por Jimeno Jurío —con el pronto refuerzo de Cañada— precisando así la ubicación en Osquía, que Arbeloa señaló, ha tenido lo que pudiéramos llamar buena prensa y es la que parece haber logrado más nutrida aquiescencia. A propósito de esto comentaré que fue realmente curiosa la intuición de Arbeloa respecto a Osquía, porque la basó en datos inexactos en cuanto a distancia desde Pamplona y orientación relativa a esta ciudad. Jimeno Jurío y Cañada se han encargado de corregirlos, fijando el lugar en una cima de la sierra Andía, iniciada sobre Osquía, y que lleva el nombre de Gaztelu (castillo). Efectivamente, se encuentran allí restos de un castillo con torre fuerte y defensas arruinadas. Se ve también la cimentación de un edificio que Cañada identifica con la iglesia nombrada en las crónicas que dan cuenta del asalto.

Pienso, en términos generales, que esta solución no presenta grandes inconvenientes de orden histórico y topográfico. Seguiría siendo estratégica una atalaya sobre el curso del Araquil, que es tanto como decir sobre la antigua vía romana de Astorga a Burdeos. La condición de viejo castillo viene acreditada por las ruinas yacentes y por la denominación del lugar.

Considerado como etapa de la aceifa, y por lo que hace a distancias, tanto la que hay a Pamplona como la del trayecto hasta las etapas siguientes propuestas, suponen marchas normales. Además, doy por seguro que no todo el ejército realizó la penosa ascensión a Gaztelu, para adueñarse de un castillo que ya sabrían o supondrían abandonado, como los anteriores. Probablemente enviarían un destacamento encargado de su destrucción con algunas fuerzas de cobertura; pero quedando el resto de la aceifa y la impedimenta al pie de la montaña, guardando las zonas de sus accesos naturales.

Cañada está en lo cierto cuando razona que los textos musulmanes bien pudieron llamar Arga al río Araquil, dado que también existen documentos navarros medievales que incurren en igual anomalía. Cabe añadir que este hecho ya fue señalado por Moret al reseñar otra donación (*Anales*. Ed. Tolosa, t. II, p. 297) y que Campi3n lo recogió al tratar del Runa en *La Canción de Roldán (Fantasía y Realidad)*. No faltan otros ejemplos históricos de datos geográficos impropios o duplicados que han dado lugar a confusiones y discrepancias¹³.

Pero hay otra cosa que me preocupa. Los restos de fábrica que en Gaztelu se observan se me antojan un tanto pobres, de proporciones demasiado reducidas para haberse tratado de un castillo importante con iglesia y prisión de Estado —a cuya custodia se confiaron rehenes tan valiosos como Yusuf ben Amrús, gobernador de Tudela, que un ejército enviado por su padre se encargaría de rescatar—. Me guardo bien de tomar al pie de la letra las interesadas exageraciones de la crónica cordobesa, pero desde luego, habrá que olvidar también lo de «reducto inexpugnable de Vasconia» que dice un autor, ya que los únicos recuerdos bélicos que de Peña Cais poseemos consisten en otras tantas expugnaciones¹⁴. Pero, con todo, Gaztelu, como fortaleza que fue, me decepciona bastante. Verdad es que no soy poliorceta ni arqueólogo, pero me parece razonable pensar que los «gaztelus» de alta montaña, como éste, serían más bien atalayas que verdaderas fortalezas y refugios defensivos de cercanas poblaciones inexistentes.

Desde luego, me inclino a creer que la iglesia «de gran nombradía» y «en la que el príncipe cristiano había gastado muchos tesoros», no estaba en el propio Gaztelu, porque ni se trataba de un santuario consagrado en tal lugar por la tradición, ni podía obedecer, en aquellas cumbres, a necesi-

13 Como el caso de un gran monasterio (San Zacarías), que se suponía hacia Cilveti porque San Eulogio, su visitante, lo situaba en su célebre carta "a la falda de los montes Pirineos, donde el Arga tiene su nacimiento", regando después "con rápido curso las tierras de Zubiri y de Pamplona". Para luego resultar, sin duda en una localización mejor fundada, que tal monasterio estaba en Siresa (Aragón).

14 Por Amrús hacia 803, por Abd al-Rahman II en 842 y por Abd al-Rahman III en 924.

dades pastorales. Además, no «cabe» allí materialmente una iglesia, cuyos restos vendrían a incrementar las no sobradas ruinas de un castillo con prisión, guarnición, bastimentos y defensas que, en parte, se han considerado más modernas.

En este o parecido orden de ideas, J. Arbeloa supuso que bien pudiera tratarse de la ermita que «desde tiempo inmemorial» existe en el hueco de la Peña; pero Jimeno Jurío, en su interesante *Historia de Pamplona*, dice que no pudo ser esta del Pilar de Oskía, porque se debe a una fundación particular hecha por un caballero aragonés en 1570; y que la iglesia citada en la crónica árabe sería probablemente el monasterio de Santa María de Hiarte o Yarte, favorecida por los reyes en los siglos X y XI. La rectificación de Jimeno a Arbeloa es oportuna pero sólo hasta cierto punto, al no tener presente que con gran anterioridad a tal ermita, existió un cenobio por aquellos lugares: el monasterio de Osquía, que con su iglesia, molino, pesquería y pequeño poblado, aparece documentado en 1024 y 1045, en fondos de Irache¹⁵.

Por las mismas fechas y en el Becerro antiguo de Leyre, aparece también el monasterio de Ceiazarra o Zeiazarra, en el mismo valle, entonces llamado de Garaino¹⁶. Y aquí llegamos a un punto que me interesa resaltar. Parece indudable que en el cerro de Garaix o Garaino, existía por aquel entonces algo, religioso, castrense o mixto, pero de cuya importancia derivaba el nombre del valle. De suerte que, al paso de la aceifa y quizá como objetivo, pero descartado por los historiadores sin concederle opción ni mención, estaba Garaino. Yo ignoro la data de su castillo, pero sí sé que éste

15 A. G. N. Irache, leg. 7, núm. 117. «... et ipsum monasteriolum de Hosquiate cum suo molino et sua piscatoria; et illa villula que vocatur Osquotez; ...». En otro documento del Becerro irasiense, con fecha 1045 se habla de la iglesia de Osquía: "... ecclesiam Sancti Jacobi de Oscatea cum piscatoris et omnia pertinentia sua ..." (Citados por José M.^a MÚTILLOA POZA en su estudio *El Priorato de Yarte*). Por lo visto, las truchas del Araquil eran ya muy apreciadas...

El nombre de Osquia proviene sin duda de "orz-ka", que significa dentellada, hendidura. Y el "Hosquiate" que acabamos de ver documentado, declara ser la puerta ("ate") el paso de ese estrechamiento. De ahí también el nombre del vecino pueblo de Atondo, como cercano al portillo.

Con esta oportunidad me permitiré añadir que la foz de Osquía —uno de los más pintorescos rincones de Navarra hasta tiempos recientes— está sufriendo una muy lamentable degradación, por la presencia de un horrendo Darracón y sobre todo por el enorme destrozo que se va llevando a cabo en el imponente escenario pétreo. ¿No cabría hacer algo?

16 En el Becerro antiguo de Leyre se cita por dos veces el monasterio de Ceiazarra o Zeiazarra (en 1032 y en 1121) como existente "en el valle de Garaino". La primera registra su donación a Leyre y la segunda una concordia sobre terrenos con los vecinos de Eguillor. (Catálogos ... de José GONI GAZTAMBIDE). Y con el de Hosquiate en la cita anterior debida a Mútilloa Poza, se documenta en Irache otro monasterio "nomine India (?) qui est circa Garango". (Doy por seguro que el curioso nombre de "India" equivale a "Intzia" y que se debe a la desaparecida balsa de Anoz). El vivero monástico del valle de Garaino es sorprendente.

tenía una iglesia cuya campana fue encontrada entre las ruinas, no hace muchos años y recogida en la parroquia de Saldise. Tal vez esta iglesia de Garaino y la de Yarte, comparten con la de Santiago de Osquía la probabilidad de ser la que cita la crónica.

Convengamos al menos en que la iglesia de los «tesoros» no estaba en la cima: en un Gaztelu cuyos residuos, si mal no recuerdo, son de menos volumen y amplitud que los que pueden verse en Leguín, cuyas viejas piedras sirven de agora y solarium a los conejos de la sierra de Gongolaz.

La carencia de testimonios arqueológicos es lo que hace tan problemático, a mi ver, el emplazamiento de Peña Cais en las rocas de Echauri, no obstante la proximidad del Arga, que es la indicación geográfica de las crónicas árabes; la situación en la ruta probable del Emir y la existencia de aquellos riscos que son, por sí mismos, fortalezas naturales. Por otra parte, no se hallan vestigios por allí del nombre de Cais...

En lo que a esta zona se refiere, a mí me parecía interesante el cerro de Leguín —otro Leguín—, que está sobre Ibero, en dirección a Echauri (km. 12-13), porque su situación es realmente estratégica para un castillo atalaya que vigilara aquel valle, con la vía que remonta el Arga hacia Pamplona. Además, allí había ruinas y subterráneos que el municipio ordenó destruir y cegar porque servían de albergue a vagos y maleantes. El terreno fue estudiado por Taracena y Vázquez de Parga (*Excavaciones en Navarra*) quienes hallaron los restos de un poblado prehistórico, pero que declaran: «Nada acusa restos de fortificaciones, cosa poco acorde con su estratégico emplazamiento». Tampoco los encontraron en los otros tres próximos lugares explorados, que por su situación venían a ser también convenientes bases de una fortaleza; con la sola excepción de unos trozos de muralla simple e inconsistente, aledaños al yacimiento que descubrieron en Santo Tomás.

Hay también, frente a Belascoáin, en la subida al pueblo de Arguiñariz, un término denominado «El Fuerte», donde habría existido alguno —reducto más bien— con el antes indicado objeto de vigilancia de la ruta a Pamplona.

En cuanto a Ezcaba... Lo de «entre Pamplona y Ezcaba» me suena extraño, pues se trata de una baja llanada, asiento impropio para fortaleza; aunque parece que hubo alguna, mandada luego demoler por un virrey.

A estos efectos de localización de Peña Cais, nos ayudan muy poco las crónicas árabes relativas a ésta y a alguna anterior campaña invasora, salvo el dato de la proximidad del Arga (recogido por Ibn Hayyan respecto a la de 842), porque la idea de profundidad, de confín del reino, está dada sin duda para sugerir el éxito, la totalidad de la ocupación. Y la distancia de una etapa

es dato impreciso, porque ésta pudo ser larga o corta según las circunstancias.

Digna de consideración es la noticia que nos da Altadill (*Vías y vestigios romanos en Navarra*), al referir que en Villava existían las ruinas de un puente de origen romano, y canteras inmediatas, «una de ellas dominada por los restos de un castillo desaparecido que estuvo rodeado de fosos y del que aún quedaban algunos trozos de muralla...». No cabe duda de que se refería a Ezcaba. Y debemos reconocer que la proximidad de Pamplona y otros núcleos urbanos de relativa importancia, como el propio Villava, así como la proliferación de las canteras, etc., etc., no han sido nada propicias para la conservación de restos castrenses ni de topónimos de ámbito reducido.

En todo caso, y por ahora, sigamos el aire a las publicaciones más recientes y quedémonos respirando los muy sanos de Gaztelu, donde estamos y a propósito del cual se me ofrecerá la oportunidad de exponer otros comentarios.

II

Pasando a la que me he referido como segunda incógnita sobre Peña Cais, diré algo sobre el origen y significación de este nombre, comentando las interpretaciones propuestas.

1.^a—Como ya dije, Arbeloa (*Los Orígenes del Reino de Navarra*), fue el primero en señalar Osquía como emplazamiento de Peña Cais. Y que la localización, precisada no lejos de allí por Jimeno Jurío y Cañada, parece haber tenido éxito hasta el presente. En cuanto al nombre, Arbeloa supone que «kais» puede ser una deformación de Osquía.

Ahora bien, si —prescindiendo de otras aclaraciones— hubiera de tomarse como base de la denominación un topónimo local, la semejanza es mayor en la solución que a continuación expresamos, y por tanto la probabilidad en la identificación sería más alta.

2.^a—Peña Cais habría tomado su nombre del lugar de Ecay, sito en las estribaciones de la misma sierra hacia el NO. El «Gaztelu de Ecay» le llama a éste Jimeno Jurío (*Obra cit.*) y tengo por acertada tal denominación. Aduce que en parajes próximos subsisten los topónimos «Bidekay» y «Vizkay»; pero esto en realidad, no nos sirve de mucho como argumento, porque el primer nombre se explica simplemente por el hecho de haber, desde Urrizola, bajo Gaztelu, un camino a Ecay, y porque el segundo, Vizkay, tiene una etimología propia e independiente al significar «lugar elevado, loma o cumbre», como así es.

Lo que me parece muy importante es que Altadill, en su *Geog. del P. V. N.*, y al tratar de «Araquil (Valle de)» en el T. II, pág. 931 de la misma, nos dice que Ecay tuvo los nombres antiguos de Kay y Cay. De suerte que al relacionarlos con los de Cais o Qais parece obligado.

Examinemos ahora la cuestión geográfica. Se podrá tal vez objetar con la mención de varias localidades más próximas al fuerte; ¿pero existirían en aquel tiempo, y con entidad o jurisdicción suficientes? Podrá también argüirse que Ecay, aunque al pie del macizo, está un tanto alejado de Gaztelu, a lo que cabría responder que —como leemos en Pierre Narbaitz (*Le Matin Basque*)— los topónimos antiguos, al existir sobre tierras aún poco pobladas, tenían mucho mayor ámbito. En fin, esta interpretación Ecay (Cay) = Cais, que nos ofrece la paridad fonética Peña de Cay = Peña de Cays, no sólo parece lingüísticamente correcta sino geográficamente aceptable. Sin embargo fue descartada por el autor de la siguiente hipótesis.

3.^a—Peña Cais correspondería al nombre de una persona o bien al epónimo de una de las más famosas tribus árabes, la de los «qaysíes», enemigos de los «yemeníes». Tal es la opinión de Cañada, quien, tras citar varios «cais» insertos en la toponimia peninsular, sugiere atribuir la fundación del castillo a Okba ibn al-Hachach Qaysi, que en 734, o sea casi dos siglos antes de la campaña de Abd al-Rahman III, tomó Pamplona y la guarneció con fuerzas musulmanas. A esto cabría replicar que la denominación de Okba o Ukba fue relativamente breve, y también que no hay memoria ni vestigio de otras construcciones defensivas levantadas por los árabes en el contorno iruniense. La incredulidad moderna respecto a las consabidas «obras de moros» en tierras alejadas de las de su larga permanencia, alcanza también a Gaztelu, aunque en este caso no se trate de la atribución vulgar, sino de una muy culta.

Yo creo que habrá que distinguir entre el nombre primitivo, que supongo seguramente relacionado con Ecay, y el consignado en las crónicas de las invasiones, que tratarían de interpretar el primero. En éstas, el nombre árabe completo resultante es «Sajrat-Qays»; con un primer elemento «sajrat» o «sakhrat» que significa peña. En cuanto al segundo, o sea Cay, es posible que fuera arabizado ganando una «s» final, tal vez por influencia o recuerdo de «quars», que significa precisamente castillo (como derivado del latín «castrum» y que vemos en «al-quars» = alcázar, con la acepción más moderna de palacio). Es decir, por tendencia a la semántica de un «Charat Kachtila» y de un Peña Castillo, tan apropiada al lugar. Pero he de reconocer que esta última cuestión es tan compleja como intrascendente. Por salirme al paso, añadiré que como «al-sajrat» significa «peña fortificada», a su peña famosa que un castillo moro coronaba, tiene que deber su nombre la villa de Azagra.

EL CAMINO DEL ARGA

Tanto si se propone que Peña Cais estaba en la Roca de Echauri como en otras estribaciones de la sierra de Sarbil, en Ezcaba o en el Gaztelu de Osquía, hay que reconocer que este valle del Arga, al menos desde Ibero aguas abajo, es el camino generalmente admitido por los comentaristas de la expedición sarracena.

Como me he propuesto pasar revista a todas las posibles rutas de las dos etapas que comprende el trayecto Peña Cais-Mañeru, comenzaré por las que tienen ese importante recorrido vecino al Arga como trazado común. Y lo haré no sin antes hacer notar que, no obstante este asenso, los autores no están de acuerdo en cuanto a la identificación en dicho trazado de lugares que puedan corresponder a los topónimos «Hercala» y «Asariya», que las crónicas señalan como existentes en la primera de las dos etapas aludidas. Y ello es extraño, porque la naturaleza de ambos nombres ya viene indicada en las mismas narraciones: un desfiladero y un lugar apto para acampar; de suerte que la topografía y la toponimia actual parece que debieran ya haber aportado las soluciones pertinentes de forma indudable, si no en el repetido tramo, en los anteriores, convergentes en Ibero.

Es en uno de estos caminos afluentes donde Cañada —que como sabemos parte de Gaztelu (Osquía)— manifiesta haber hallado el desfiladero en cuestión al descender con el Araquil en busca del Arga. Sin concretar un lugar preciso, señala a este efecto el itinerario que media entre la central de Arteta y la confluencia de ambos caminos.

Respeto el parecer sin adherirme. En la primera parte de ese recorrido hay algún tramo de ladera pendiente, y que se acerca al río, estrechando el paso. Pero siendo aquellos cerros bajos y practicables por sus lomas, no veo que haya riesgo ni problema. En cuanto al trayecto que se inicia frontero a Asiáin y que sigue por Izu, Artázcoz e Izcue, hasta empalmar con el camino del Arga, no puede ser más despejado, tanto si se marcha de pueblo a pueblo como si se rodea por los sotos del Araquil. Es también de notar que de Izcue hacia Echauri —y evitando el breve «estrechamiento rocoso» que por el camino bajo se da frente a Ibero— existe igualmente paso más elevado y de plena visibilidad por Santo Tomás (Sarbíl).

En resumen: no vemos en este valle lugar idóneo para una sorpresa guerrera. No hallamos «Hercalas» en estos términos que casi en su totalidad son tierras de labor o de pastos, lo que da idea suficiente sobre su configuración y accesibilidad. Tampoco parece muy pertinente que propongamos una paridad «Hercala» = Araquil si antes hemos quedado en que a este río le llamaron Arga. Además, se me indica como muy probable que «Araquil»

hubiera sido nombre recogido por el cronista sin alteraciones, por sonar árabe.

Trata también Cañada de interpretar «Asariya» = Echauri (o Echarri) pero con resultados que no parecen satisfactorios. Pensé que la aproximación sería quizá mayor a base del nombre antiguo del primero, que es Exauri. Mas se me advierte, entre otras cosas, que frente a nuestro topónimo, es de notar en «Asariya» la presencia de una «a» final, en el lugar de una «i» que en esa posición sería muy destacable en árabe. Dicha «a» final postula en favor de Sarria. Ocurre también que la misma vocal es habitual en dicho idioma como protética ante la consonante «s». Yo diría que Sarria gana claramente.

Pasemos ahora a examinar lo que a mi modesto juicio pueden dar de sí las sugerencias de Lacarra respecto a estos particulares. Nuestro ilustre historiador, y por lo que hace al enigmático «Hercala» citado en las crónicas musulmanas, lo señala simplemente hacia Belascoáin, donde existe un desfiladero, profundo y prolongado por más de 10 kms., por cuyo fondo discurre el Arga. Si el narrador de la aceifa debía referirse a alguno en el transcurso de esta etapa, tenía que ser éste, pues no admite comparación con otros pasos y accidentes orográficos sin mayor importancia que pudieran señalarse en ella.

¿Y el nombre de «Hercala»? El nombre lo encontré como fruto de mis indagaciones en Belascoáin, y luego he vuelto a verlo en el Mapa consabido. A mis preguntas sobre cuál era el tramo más angosto de ese desfiladero, los amables informantes me dijeron que sería el comprendido entre Gorriza y Recalde (Recaldea en Artazu y en el 1:50.000). Pues bien, ese nombre, que en euskera y dada la repugnancia de este idioma a la «r» inicial, se diría Errekaldea (con la significación de «lado de la regata, junto a ésta o zona de la misma») parece ser que encaja perfectamente en el «Hercala» («Hrqla» según los paleógrafos y arabistas) que se viene buscando¹⁷.

Quiero hacer constar también, porque es importante, que tanto los vecinos de Belascoáin como los de Artazu, no limitan ese nombre de Recaldea a la designación de un barranquillo o de una pequeña regata, sino que lo

17 Efectivamente, se me informa que el topónimo Errekaldea se ajusta sin ninguna dificultad al "Hrqla" de las crónicas bajo la forma de "Errekala", es decir, con omisión de la sílaba "de"; lo que se considera más que explicable dada la dificultad de los árabes para captar o retener los polisílabos vascos sin incurrir en alguna pérdida o alteración de letras que generalmente afecta a sus desinencias. Dicho más sencillamente: de Errekaldea, lo más sonante o recordable para un árabe sería "Errekala", que puede considerarse equivalente a la lectura "Hercala" asignada a "Hrqla".

Debo consignar también que uno de los nombres antiguos de Ucar, el de "Hiccará", citado por F. IDOATE según se verá en el siguiente capítulo, encaja igualmente en "Hrqla" sin reparos dignos de mención.

aplican a toda una zona del «cañón» que media entre ambos pueblos. Por eso subsiste.

En cuanto a «Asariya», para cuyo topónimo sugirió este investigador la localización en Sarria, hay bastante que comentar, aparte del nombre, que como vimos, no ofrece dificultades.

Yo creo que el ejército árabe, al descender como se suponía y es lo natural, por la margen «derecha» del Arga, rumbo a tierra Estella, no atravesaría el río para acampar allí, debiendo repasarlo al día siguiente para continuar a Mañeru. En Artazu me dicen que en verano es fácilmente vadeable, pero ni aun así me convenzo de que un ejército lo hiciera. Para opinar de este modo me baso principalmente en el hecho de que en la margen derecha y allí mismo, frente a Sarria, hay por lo menos dos magníficos lugares de acampada. Uno de ellos es el paraje llamado Zabala (donde no ha mucho se instaló una industria chacinera) y el otro, cercano, es el llamado Chapargay; ambos sobre el río, amplios y despejados. De modo especial me he fijado en este último por estar bajo Artazu, pero inmediato a Sarria, con el río por frontera, pero a la vista y a un tiro de piedra de su caserío. Por lo tanto, no sería de extrañar que el cronista de la etapa le diera este nombre. Yo diría que Lacarra se apunta un nuevo tanto...

Por otra parte, ocurre que Chapargay es un promontorio, una pequeña meseta alomada —casi peninsular por efecto de la gran curva que en torno a ella describe el río—, con vestigios de fortificaciones que al parecer la rodeaban, y que en su parte más alta conserva los restos de un recinto murado. (En Artazu me cuentan que esta posición fue teatro de un combate en las guerras carlistas, y que de allí se han venido trayendo al pueblo muchas piedras para las edificaciones)¹⁸.

Todo esto y la referencia de Arib ibn Saad, que llama a «Asariya» «Mahalla» o estación militar, me hace pensar en la preexistencia allí de algún castro que guardara la entrada del desfiladero.

En contra de la localización del fin de etapa en Sarria se ha objetado la brevedad de la marcha siguiente, Sarria-Mañeru. El hecho en sí es cierto, pues entre estos dos lugares no median más de 6 kms. Pero es de recordar que nuestro primer historiador no partía de la sierra de Osquía, como Cañada, sino de la de Sarbil; así que no ha alargado la etapa por rendirla en un Sarria asimilable a «Asariya», ya que la marcha debió ser, según tal planificación, inferior a los 20 kms. Pero aunque se estime que Peña Cais no estaba

18 ALTADILL (*Vías ...*) señala como probable una calzada de Estella a Oteiza (de Ansoáin) por Cirauqui, Puente, Belascoáin e Ibero. Dato interesante en cuanto a esa ruta y por lo que hace al supuesto castro de Chapargay. En la misma está también Vidaurreta, que se ha relacionado con "Bituris".

en Sarbil sino en el actual Gaztelu, la marcha hasta Sarria no iba a alcanzar los 30 kms. que consta recorrió la aceifa en otras etapas. Y la razón de contarse entre las más largas sería debido al hecho de que, una vez adentrada la tropa en el desfiladero, venía obligada a seguir sin detenerse hasta alcanzar los claros horizontes de su salida. Recordemos también como probable que el grueso del ejército no vendría de una cima, sino del pie del monte, lo que reduce la etapa.

La brevedad de la siguiente jornada pudo obedecer a motivos diversos, como la «razzia» de las localidades vecinas o un descanso concedido a la hueste, en sitio seguro, tras el esfuerzo de la travesía última por tan abruptos parajes.

LA RUTA DE VALDIZARBE

El P. Moret (fallecido en 1687), utilizando principalmente las noticias de Sampiro y poniendo a contribución sus propios y precisos conocimientos de la geografía del país, describió en los *Anales* con su habitual vigor y prolijidad, la famosa batalla de Valdejunquera, que enfrentó al Emir «Abderramán III» con los Reyes de León y de Navarra. Data la luctuosa jornada como ocurrida en 921, pero los modernos historiadores la retrasan al 920. de acuerdo también con las fuentes musulmanas.

En cuanto a la campaña de Pamplona en 924, Moret la ignora por completo. Y no es extraño, porque no había referencias cristianas de la misma y porque las crónicas árabes, que se hacen pormenorizado eco de aquellos sucesos, han sido descubiertas y estudiadas mucho más tarde.

Así las cosas, y volviendo a Valdejunquera, Moret supone que el caudillo sarraceno se retiró de allí con su ejército no para regresar a Córdoba, sino —según documentos de los Archivos de San Juan de la Peña— para alargar su periplo bélico hacia el Pirineo aragonés y las Galias. Esta incursión sería negada posteriormente, de acuerdo con los autores árabes, según los cuales el Emir, tras de saquear la comarca de la batalla y arrasarse después la fortaleza de Viguera el 31 de julio, emprendió nuevas destrucciones y rapiñas, para luego bajar a Atienza el 16 de agosto y tomar el camino de Córdoba, a donde llegó el 2 de septiembre.

Pero Moret, que a tenor de los aludidos datos pinatenses de su tiempo, tenía que dar por cierta la aventura musulmana transpirenaica de aquella ocasión, trazó y justificó el camino que por Navarra seguiría la aceifa. Partiendo de los asolados valles de Yerri y Guesálaz, éste consistiría en dejar atrás las tierras de Mañeru, para llegarse por «Valde Ilzarbe» hasta Ucar, y a poco de allí empalmar con la «canal desahogada y llana por donde corre

el comercio de Pamplona con las tierras de la ribera», o sea por Campanas; continuando hacia Pamplona —por lo menos hasta pasado Tiebas— y siguiendo luego por el Valle de Elorz, Monreal, Sangüesa y Aragón, rumbo a las Galias.

Y ahora volvamos a nuestro asunto. Un historiador a quien admiro grandemente por su saber y probidad científica, e incluso —«rara avis!»— por la literaria amenidad de sus escritos, ha venido a rozar también este tema de la Campaña de Pamplona, siquiera sea muy de pasada y en lo que pudiera tener relación con su exhaustiva monografía histórica *El Señorío de Sarria*. Es claro que me refiero a Florencio Idoate.

Según me imagino, su buen sentido le hace reconocer en Moret, entre otras altas cualidades, un superior conocimiento de los viejos caminos de nuestra tierra navarra, ya en buena parte desaparecidos. Y así, tal vez se haya dicho: «Si en 920, y desde más allá de Puente hasta las cercanías de Pamplona, era éste el camino mejor: ¿por qué no habría de serlo en 924 y aunque la marcha fuera en sentido inverso?».

Por esa lógica reflexión o por lo que fuere, el caso es que nuestro autor se muestra partidario de esta ruta, y en su favor añade que en documentos medievales de San Juan de la Peña, publicados por Salarrullana, el pueblo de Ucar —«sicut carriera vadit de Thebas ad Pontem...»— aparece en el siglo XI con las variantes de Hiecar, Eukar, Eukare, Hiccara y Echara, y que la presencia de «Hercala» en la crónica árabe parece confirmar su punto de vista. En apoyo de esta hipótesis y refiriéndose al ataque que contra los sarracenos llevó a cabo en «Hercala» Sancho Garcés, Idoate cita el caso inédito y análogo de otra agresión que siglos después (1521) tuvo lugar por aquellos parajes y de la que fueron también protagonistas los naturales del país, hostilizando a una tropa enemiga que se retiraba hacia Puente la Reina por Valdizarbe. Los argumentos son de peso, no obstante lo cual, el autor citado expresa prudentemente su respeto por las opiniones ajenas.

Por mi parte, consignaré mis impresiones de lector. Voy a enumerarlas.

1.^a—La distancia Pamplona-Mañeru por esta ruta vendría a ser de unos 33 kms. para dos etapas, lo cual es perfectamente correcto. Ahora bien, no hay que olvidar que la aceifa no venía de Pamplona sino de Peña Cais, lo que por razones obvias nos obliga a suponer para este castillo —que según el *Muqtabis* crónica de Ibn Hayyan— estaba sobre el Arga, un emplazamiento con limitado campo de elección, en el que mi voto sería para Ezcaba.

De Ezcaba podrán decirnos que sólo a medias responde a la definición árabe, pues si bien tiene la vecindad del Arga, no está bajo un monte mayor. Pero la observación no sería justa, porque si bien Ibn Idarí hace referencia a «una montaña que dominaba su emplazamiento», Arib ibn Saad, que es

el autor de la crónica original y primitiva, lo que escribió es que «... Sancho se dejó ver en la cumbre de un monte cercano (que no es lo mismo que dominante) manifestando intenciones de bajar a la defensa de su iglesia». Este monte próximo pudo ser San Cristóbal, o incluso Miravalles. Y lo de «bajar» a defender su iglesia, me sugiere la misma idea ya expresada al hablar de Gaztelu: que la iglesia no estaría en el propio castillo sino al pie de la montaña —algo así como la Trinidad de Arre—, o en otras inmediaciones¹⁹.

La estructura rocosa de Ezcaba, que sus canteras patentizan, es también nota a su favor. Pero la más importante consiste en esas ruinas, que Aladill suponía romanas, de un castillo con fosos y murallas sobre Villava, al que ya me he referido.

Bajo el supuesto Peña Cais-Ezcaba, el trayecto a Mañeru seguiría siendo inferior a los 40 kms., o sea normal para dos etapas. Pero si nos fuésemos a las peñas de Echauri (Sarbil) o a Gaztelu (Sierra Andía), ni por la orientación ni por la distancia cabría ya pensar en Valdizarbe como ruta de regreso.

2.^a—Conforme a la opinión de Idoate, la vía que comento implica la exclusión de Sarria como final de etapa, por tratarse de término alejado y al margen del trayecto. Tal vez debería buscarse —preferentemente hacia Enériz o Eunate— algún lugar que por sus condiciones topográficas y por afinidad de los topónimos, pudiera acoger a ese ausente «Asariya» o «Aseria». Yo no lo he encontrado, pero eso no dice nada.

3.^a—Esta observación consiste en estimar que el acceso a Ucar supone la travesía de un terreno un tanto quebrado, pero que, al parecer, no merece se diga de él que era «un desfiladero o puerto de muy mal paso por lo difícil y escabroso del terreno», como escribió Arib ibn Saad, siquiera fuese con interesada exageración; pues dando por supuesto que el antiguo camino fuera coincidente con la actual carretera, hay un corto trayecto en el que discurre entre cerros, sin llegar a ser desfiladero, y transponiendo una poco elevada cota, sin llegar a ser puerto.

Sin embargo, debemos considerar, a estos efectos de la localización de «Hercala», otro aspecto de suma importancia, cual es que a lo largo de toda esta etapa, despejada en extremo, no hay otro lugar que ofrezca mejores con-

19 Habiendo citado Miravalles y la Trinidad, resulta obligado recordar que según JIMENO JURÍO (*Rutas mayores a Santiago*) San Miguel de Miravalles estaba coronado en el siglo XI por un castillo realengo. Y en cuanto a la Basílica de la Trinidad, al pie de dicho monte, dice, como ya es sabido, que antes fue monasterio y hospital de peregrinos. Quizá los orígenes del castillo y de la iglesia fueran de una mayor antigüedad que interesara a nuestra búsqueda. También existe un torre a medio monte sobre Arre, en la ladera de Irunzu.

diciones para disponer una emboscada; con base y retirada probables por las alturas de Murugáin.

Y nada más. Valdizarbe, una posibilidad.

POR GUESALAZ

Para cerrar la última varilla del abanico de las posibilidades, quiero exponer otra hipótesis que me parece no carente de interés, aunque, desde luego, no es concebible a menos que se admita la localización de Peña Cais en Gaztelu de Osquía. Como ya dije, ésta cuenta con bastantes partidarios y a ellos les brindo esta sugerencia que implica un cambio completo respecto al itinerario, o itinerarios que se han propuesto, ya que consiste en suponer que las tropas del caudillo sarraceno pudieron ir desde el expugnado castillo hasta Mañeru, sin seguir los cursos del Araquil y del Arga. ¿Qué razones puede tener en su favor la marcha por Valdegoñi y Guesálaz?

En primer lugar diré que es la ruta más directa, lo que no es poco. Después, que en su segunda mitad, o sea desde los alrededores de Salinas de Oro hasta Mañeru, se trataba de comarca ya personalmente conocida por el jefe de la expedición, Abd al-Rahman III, por la campaña de 920.

Puede añadirse que, coincidiendo exactamente las fechas (26 de julio de 924 y 26-27 de julio de 920), sería muy natural y muy humano que el Emir quisiera celebrar el cuarto aniversario de la batalla de Valdejunquera sobre el campo mismo de su gran victoria. Y por último, que el camino, aunque accidentado, no cuenta con trayecto alguno tan difícil como el interminable desfiladero Belascoáin-Sarría, en la «ruta que va siguiendo el camino del Arga por grandes angosturas», según frase de Caro Baraja (*Etnografía histórica de Navarra*).

En relación con la distancia puedo adelantar que, la idea de estudiar esta ruta con detenimiento, la debo a un experto montañero con quien me hallaba no lejos de Gaztelu, pues me dijo que si desde el castillo tuviera que ir andando a Mañeru, lo haría sin duda alguna por el Valle de Guesálaz.

Luego hemos visto que la marcha —a partir de Ilzarbe como punto de la divergencia— consistiría en dirigirse hacia la barrera montañosa que separa Val de Goñi de Guesálaz, vía Azanza. Para acceder a este lugar, el terreno es bastante áspero y hay que ascender para alcanzar una cota cuyo desnivel respecto al valle es el que salva la actual carretera con un zigzagueante puerto de unos 6 kms. llamado de Ulzurrun, Y justamente de desfiladero o puerto nos habló el amigo Arib ibn Saad.

A esto podemos añadir que para seguir de Azanza a Guesálaz hay que atravesar un breve paso estrecho entre la sierra de Sarbil y el monte Garindo,

antes de que la ruta se convierta en el franco camino llamado del Soto, que conduce a Salinas. Y aún se da con paso más abrupto si se toma otro camino más occidental y no tan directo, que igualmente existe entre Azanza y Salinas, pasando por Urdánoz.

Me he detenido en la referencia a la montuosa subida inicial y a los pasos estrechos que se encuentran, por uno u otro camino, entre Azanza y Salinas de Oro, tratando de reflejar la bastante compleja y accidentada geografía de esta primera parte del trayecto para hacer aceptable en este caso la citada definición del cronista árabe.

Pienso que esta marcha, con la meta de Salinas como inmediata a Valdejunquera, pudo ser la primera etapa de los sarracenos. En cuanto a la segunda, o sea al trayecto Salinas-Mañeru —en zona que ya conocían los árabes por las devastaciones de 920—, la ruta sería por Arzoz y por cerca del alto de Guirguillano siguiendo la vía romana conducente a Cirauqui²⁰, —a dos kilómetros de Mañeru— o bien abandonando antes la calzada para dirigirse a Mañeru directamente por el llamado camino del Alto.

Hemos hablado con personas de edad de Azanza, de Salinas y de Arzoz, que nos informan sobre lo muy frecuentados que eran todos estos caminos hasta tiempos relativamente recientes, pues los utilizaban para acudir a los mercados de Irurzun y para «bajar» al Valle de Mañeru, incluso desde Valde Goñi, llevando carbón y en busca de vino.

De estos informes destacan por su especial interés los datos relativos al tiempo que empleaban en tales travesías. Sumando a esto propias expe-

20 Aprovecho la oportunidad de mi alusión a la vía romana de Guesálaz para decir que se conservan bastantes tramos de esta calzada, especialmente visibles cerca del Alto de Guirguillano y tanto en la dirección N. de Arzoz como en la S. de Cirauqui. Los primeros pueden verse junto a la carretera que del Alto baja a Garísoain; precisamente donde estuvo hasta hace poco la casa del caminero; apreciándose allí además una amplia terraza enlosada, así como grandes piedras de construcción que rodaron al inmediato barranquillo; todo lo cual hace pensar en la pretérita existencia de una importante mansión romana como "relais" de la ruta. Para encontrar la calzada en su dirección S., hay que seguir una pista moderna que partiendo de unos 50 metros más arriba de este lugar, sube hasta el acotado de Soracoiz, de la Diputación Foral, donde aparece junto al cercado.

Un tramo de unos 200 metros de calzada que existió hasta hace poco cerca de Arzoz, ha desaparecido, sin duda por obra y gracia de los tractores, quedando unos palmos. Mis indagaciones por otros pueblos del valle resultaron infructuosas.

Como yo he visto largos tramos de calzada más al N., en términos que supongo de Lezáun, volviendo a encontrarla, muy completa, en el puerto de Lizarraga (cerca de la ermita de San Adrián) o sea, encaminada hacia Echarri-Aranaz, deduzco que debe tratarse de la misma vía, que desde Cirauqui por lo menos, vendría al encuentro de la de Astorga a Burdeos; cruzándola para seguir por Lizarrusti (donde hay otros restos) hacia Beasáin.

Me sorprende mucho no haber dado con referencia alguna de tan larga "strata" en lo que he podido leer sobre vías romanas de Navarra. Y pienso que sería una obra de cultura la adopción de medidas para preservar tales reliquias del pasado; sobre todo la terraza enlosada y la calzada inmediatas a la carretera en el Alto de Guirguillano, tan visibles.

riencias y un detenido estudio de los mapas, contando además con las coincidentes comprobaciones de un buen experto en estos menesteres, creo que puedo fijar, con mucha aproximación, la diferencia de kilometraje que acusan los itinerarios Gaztelu-Mañeru por la Cendea de Olza y el Valle de Echauri, o por los Valles de Goñi y Guesálaz. Como el primero nos viene a dar la cifra de 33,50 kms. y el segundo la de 27,50, hay una diferencia de seis kilómetros en favor de este último. No es que sea decisiva ni mucho menos, pero esta menor distancia, unida a otras circunstancias que ya fueron expuestas, habla bastante alto en favor de la ruta por Guesálaz.

Por último, debo confesar que las aproximaciones «Hercala» —Guesálaz y «Asariya»— Salinas son meramente fonéticas: asonancias basadas en sus vocales, que es aquí lo que apenas cuenta. Habría que buscar algo mejor, y... ¿quién sabe?

DOS ETIMOLOGIAS Y FINAL

Bordeando de nuevo tan resbaladizo campo, me limitaré a comentar las que veo se proponen para Carcastillo, punto de partida de estas notas, y para Mañeru, donde las cierro para descanso de mis lectores.

La proposición etimológica Carcastillo = Zarcastillo, significando castillo viejo, no me parece aceptable, pues aparte del extraño híbrido que supone, es de notar que los adjetivos vascos no suelen utilizarse como prefijos sino como sufijos (p. ej., Gazteluzar, Irizar, Errotazar, Berriozar, etc.). Lo que sí se dio, y Caro Baroja (en la obra citada) recoge, tratando de los almadieron del Aragón, es la versión de tendencia vasca «Zarracastulu», que, como tal, no es origen sino derivación o corrupción del nombre de Carcastillo, el «Qrqstal» de la crónica árabe.

Amador de los Ríos nos decía en su cátedra que «car» era una antigua voz semítica con la significación de castillo y que, por tanto, nombres como Carcastillo y Cárcar suponían reduplicaciones. Luego he visto que también lo son para Fray Eusebio de Echalar (*Disertaciones...*).

Caro Baroja señala que según Muñoz y Romero (*Colección de fueros municipales*) nuestro topónimo figura como «Carocastello», «Carocastellis» y «Carocaster»...; y que «Carus» podría considerarse para explicarlo. Baroja muestra aquí una vez más su predilección por las interpretaciones antropónicas, pero si tenemos en cuenta que al propio tiempo tendría que enfrentarse con Cárcar y con Castiliscar, el padrinazgo de «Carus» parece excesivo, aunque del propio Marco Aurelio se tratara... Tampoco ofrecen estos topónimos las conocidas desinencias que se dan en las etimologías que tan acertadamente resuelve el autor por tal sistema.

En estas penumbras, y recordando a Plinio, me pregunto si la raíz «car» presente en «Cara» (hoy Santacara), no será etiqueta heredada por estos pueblos como propia de un abolengo carense. Los cuatro están en la misma latitud y son cercanos, salvo Cárcar, que parece quizá demasiado apartado para pertenecer a esa «gens». Pero si no es ése, algún otro nexa sería el determinante de tal coincidencia onomástica.

En cuanto a la etimología de Mañeru —la alquería de «Mnyyr», según el cronista árabe—, veo que Michelena (*Apellidos Vascos*), hace referencia al latín «ba(l)neum» cuya forma precisa es «ba(l)nearia», con derivados como Mañaria, los «Bagnères» del S. de Francia y otros varios nombres; sin olvidar la pamplonesa calle Mañueta, citada por A. Irigaray, donde también hubo baños. Con estos antecedentes y siendo frecuente en vasco el paso de «b» a «m», Michelena se pregunta si Mañeru no tendría un origen análogo. Lacarra, en la misma línea, lo relaciona igualmente con «Bagnères».

Cañada lo asocia con el fr. «manoir», el ing. «manor» y en especial con el latín «manerium» y con «manerio» (de «maneo», morar), que tienen la significación de casa solariega y que consta en documento medieval relativo al pueblo de Ordoiz, publicado por el P. Recondo. Como veo que la «alquería» de Arib ibn Saad corresponde perfectamente al concepto del «manerium» bajo-latino («habitado cura certa agri portione a manendo dicta»); (cf. *Glossarium*, Du Cange) adelantaré que la interpretación de Cañada me parece tan sagaz como probable.

Caro Baroja (*Etnografía histórica de Navarra*) recoge varios nombres antiguos, como el que se contiene en «Val de Manyeru», y sospecha que Mañeru pueda tener alguna relación con la pecha llamada «mañería», citada por Yanguas en su Diccionario de Antigüedades. Entre las versiones que anota el gran etnógrafo, figura también «Mangerio», que en este caso yo imagino grafía defectuosa de «Magnerio». Y especial atención merece otra, documentada en Irache entre 1099-1122 (*Colección Diplomática...*) porque se trata de «Ual de Maniero»; muy cercano al «manerio» que Cañada propone.

Por mi parte, vi que en Mañeru y según Altadill, «las aguas son ligeramente clorurado-sódicas-carbonatadas...» lo que me hizo pensar si antaño, y con una mayor concentración mineral que los siglos han ido rebajando, no tendrían aplicación terapéutica externa. Esto apoyaría las dos coincidentes hipótesis primeramente expuestas.

Pero al no haber, que yo sepa, tradición ni referencia histórica balnearia relativa a Mañeru —como la hay de su antigua industria encajera—, no cabe aportar este decisivo dato, cuya ausencia también es significativa, y más al poder añadir que este pueblo padece una notable escasez de aguas...

Lejos de mí la absurda pretensión de arrogarme el papel de árbitro en este pequeño pero interesante debate histórico-lingüístico; mas en mi mo-

desta opinión, yo diría que Cañada lleva las de ganar, y este acierto me parece muy honroso, frente a tres eminencias como Michelena, Lacarra y Caro Baroja.

Antes de dar por terminado este trabajo y siquiera sea a título de curiosidad, creo interesante recordar el hecho de que Abd al-Rahman III llevaba en sus venas más sangre vasca que árabe; por su madre navarra y por la madre de su progenitor Muhammad, navarra igualmente. Es decir, que de sus cuatro abuelos, tres eran vascos. Es de señalar también que el Emir y futuro Califa era sobrino en segundo grado de la Reina de Pamplona...

Pierre Narbaitz, en su notable obra *Quand les Basques avaient des Rois* (continuación de *Le Matin Basque*) lo comenta de este modo: «Y así, podría decirse sin alejarse de la verdad y desde el punto de vista racial, que el «Vasco» más célebre de la Historia es posible que haya sido un Musulmán el genial Abd al-Rahman III...».

Pero considerando que en sus expediciones guerreras contra la «tierra de sus mayores», como en esta campaña de Pamplona —y no digamos en la feroz decapitación de los prisioneros del castillo de Muez en Valdejunquera— vertió bastante más sangre navarra que la que él tenía, no podemos enorgullecernos de su parentesco.

Y nada más. Por mi parte he llegado al fin, aunque el Emir, seguiría marchando a la cabeza de su temible hueste, hacia los confines de Navarra; pasando antes por un «Di-x-xarra» al que yo —y dado que «xara», «xera» o «xarra» = sierra—, suponía con la significación de Sierra de Deyo, pero que Cañada Juste relaciona con Licharra, cabe Oteiza de la Solana.

J. M. IRABURU MATHIEU

N. B. Quiero expresar mi agradecimiento a los amables informantes que me han ayudado en la preparación de estas páginas. Y de modo especial al Dr. Gassan Sehk, de Alepo (Siria).